

CAPÍTULO I

DEL AMOR AL ODIOS HAY UNA PRIMAVERA:  
LAS RELACIONES CONFLICTIVAS ENTRE SIRIA  
Y TURQUÍA DESPUÉS DE LA PRIMAVERA ÁRABE

MELANIE GRAZIANO

**Resumen**

Las conflictivas relaciones entre Turquía y Siria parecieron armonizarse con el ascenso al poder de Recep Tayyip Erdoğan en 2003 y su idea de lograr un vecindario pacífico en el Medio Oriente, como uno de sus pilares de política exterior. Sin embargo, la guerra civil que comenzó en Siria en 2011, luego de las protestas en el marco de la Primavera Árabe, volvería a desencadenar la enemistad entre ambos Estados, reflejando el patrón conflictivo de una región cargada de tensiones. Es por ello que la política exterior turca varió acorde a la transformación del escenario de seguridad en la región, calculando la misma en función de las amenazas y oportunidades que podía proveer la “calle árabe”. El objetivo de este trabajo consiste en identificar las consecuencias que trajo la ruptura del paradigma de “cero problemas con los vecinos”. En este marco, se abordará un análisis de las relaciones bilaterales con Siria desde la Primavera Árabe a la luz de la política exterior turca y su adaptación a las necesidades coyunturales. Como se podrá observar, la potencialidad de esta política se vio comprometida por las tensiones regionales y los enfrentamientos militares directos que continúan alejando un horizonte de acuerdo y con ello, la posibilidad para Turquía de lograr un vecindario pacífico.

**Palabras clave:** Turquía – Siria – Medio Oriente – política exterior – Primavera Árabe

## Introducción

¿Se pueden mantener “cero problemas” con una de las regiones más conflictivas en la actualidad? ¿Cómo es posible dentro de las propias contradicciones turcas a la hora de definir su política exterior?

Desde su nacimiento como república en 1923, Turquía ha tenido un lugar importante en la política internacional. Es un nexo entre Europa y la región de Medio Oriente, lo que le permitió optar por orientar su política exterior hacia una u otra, reflejado, por ejemplo, en sus constantes intentos de ingresar a la Unión Europea y su incorporación a la OTAN en 1952. Pero, por otro lado, pudo involucrarse en Medio Oriente, sobre todo a partir de la llegada al poder de Recep Tayyip Erdoğan en 2003, en una serie de ámbitos como el relacionamiento con la Organización de la Conferencia Islámica, la Liga Árabe y el Consejo de Cooperación del Golfo. Sin embargo, este dualismo fue abandonado por una nueva perspectiva de política exterior mediante una nueva estrategia geopolítica, en la que Turquía abandona su rol periférico y toma un rol asertivo en la región como proveedor de seguridad y estabilidad no solo para sí mismo, sino también para sus vecinos. Esta nueva orientación fue guiada por la idea de mantener “cero problemas con los vecinos”, transformando el patrón de relacionamiento entre Estados en la región.

Teniendo en cuenta este cambio, es pertinente analizar la transformación de la política de Turquía hacia Medio Oriente en general, y en particular en las relaciones bilaterales con Siria, a la luz de un hecho que logró desestabilizar aún más a una región impregnada de conflictos religiosos, políticos y étnicos, como fue la Primavera Árabe. La toma de partido por parte de Ankara en apoyo a los levantamientos árabes prodemocráticos fue un riesgo que estuvo dispuesto a correr, sabiendo que eso sacrificaría la continuidad de la política pacífica hacia el vecindario y, sobre todo, las relaciones construidas con Siria. El inicio de la guerra civil demostró la

inviabilidad definitiva de la vigencia de esa orientación de política exterior. Es por ello que, luego del involucramiento de Turquía en la misma, cabe preguntarse ¿cuáles fueron las consecuencias de la ruptura del paradigma de “cero problemas con los vecinos” en su relación con Siria?

Para responder a esta pregunta, en primer lugar, y para entender dónde se halla parada Turquía a la hora de considerar sus relaciones con Siria, en especial después de la Primavera Árabe, se hará un breve resumen de sus tradiciones en política exterior. Entendiendo a los levantamientos árabes como coyuntura crítica que impidió concretar el ideal de un vecindario pacífico, luego se procede a observar las consecuencias que trajo este cambio de paradigma en función de las distintas etapas que atravesaron las relaciones bilaterales desde el inicio de la guerra civil en 2011 hasta la actualidad. Por último, ante la falta de un horizonte certero sobre la resolución del conflicto, se describen los hechos más recientes, en particular aquellos referidos a la situación en Idlib.

### **Política exterior turca: ¿Oriente, Occidente o ambos?**

Para comenzar, es pertinente tener en cuenta la relación que tiene Turquía con Medio Oriente. Desde una perspectiva geopolítica cumple una función aislante, reforzada por el hecho de que, “aunque una vez gobernó gran parte del mundo árabe (como corazón del Imperio Otomano), desde la década de 1920 en adelante le dio la espalda a su pasado para perseguir la visión occidentalista de Atatürk de su futuro” (Buzan y Wæver, 2003). No obstante, en las últimas décadas, Ankara redefinió sus relaciones con los países de Medio Oriente y el Norte de África, apareciendo como un modelo exitoso que reconciliaba el islam con la reforma democrática y económica, y asimismo sirviendo como un conector estratégico entre los interlocutores regionales, tanto como entre Occidente y Medio Oriente. Sin embargo, este rol luego sería desafiado por la Primavera Árabe (Yorulmazlar y Turhan, 2015).

Para caracterizar los lineamientos de política exterior de Turquía y su cambio de prioridades, es necesario tener en cuenta al kemalismo, ideología oficial de la república basada en su fundador,

Mustafa Kemal Pacha, la cual se alejó del mundo islámico y persiguió un camino exclusivamente occidental y secular. Esta “considera la etnicidad y el nacionalismo kurdos como amenazas existenciales a la integridad nacional y territorial de la República Turca” (Tasnipar, 2008). Es por ello que busca asimilar a las minorías, lo “turco” es definido como una identidad nacional, territorial y lingüística común. Sin embargo, esto comenzó a cambiar con el fin de la Guerra Fría y las nuevas amenazas y oportunidades regionales. Se puede atribuir el creciente activismo turco al neootomanismo, que en su intento de trascender la mirada kemalista y adoptando una visión geoestratégica más amplia de Turquía como actor regional comprometido y efectivo busca ubicarse como mediador y así resolver problemas regionales y globales. Desde esta perspectiva se busca proyectar el *soft power* turco no solo como un puente entre Occidente y Oriente, sino también para favorecer las relaciones con los vecinos árabes como nación musulmana y Estado secular, como sistema político democrático y como una fuerza económica capitalista (Hinnebusch, 2015). Estas características parecen representar lo mejor de ambos mundos, la tradición otomana con la religión a la cabeza y la democracia secular capitalista occidental. Esta combinación de factores le permiten ser un jugador regional más audaz y proactivo.

Estas miradas sobre las tradiciones de política exterior turca son imprescindibles para entender el papel que Ankara busca proyectar regionalmente, las relaciones con sus países vecinos y cómo se entrelaza la cuestión kurda, tanto desde la mirada doméstica como en el impacto en las relaciones bilaterales con países donde esta minoría se encuentra presente, como Siria, Irán e Irak. A la luz de estas perspectivas se analizarán las consecuencias de la ruptura del paradigma de “cero problemas con los vecinos” en la relación con Siria.

Las relaciones entre Turquía y Siria fueron problemáticas durante el período de Guerra Fría debido al alineamiento político y militar de Turquía con Occidente y los reclamos sirios sobre la provincia turca de Hatay. Con el fin de ese período, continuó el patrón de enemistad por la alianza de Turquía con Israel, la del gobierno sirio con el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) y la disputa hidropolítica por los recursos del Tigris y el Éufrates (González

Levaggi, 2019). Sin embargo, con el cambio de gobierno y su nueva orientación de política exterior, las relaciones atravesaron una época dorada entre 2003 y 2011, siendo Siria el ejemplo del éxito de la estrategia de “cero problemas” de Turquía donde los asuntos trases-tatales de conflicto, como la disputada anexión turca de Iskenderun, el agua del Éufrates y el separatismo kurdo, fueron resueltos a partir de visitas de alto nivel, apertura de fronteras para el libre paso con el Acuerdo de Exención de Visas y acuerdos de libre comercio. Además, las exportaciones turcas y sirias vieron un significativo incremento y Turquía promovió varios proyectos conjuntos de infraestructura, e incluso se consideró el ambicioso proyecto de crear un área de libre comercio con Siria, el Líbano y Jordania bajo la égida turca. Siria fue la puerta de entrada al mundo árabe, tanto económica como políticamente, y a su vez esta obtuvo una mejora en las relaciones no solo ventajosa en términos económicos, sino que también le permitía salir del creciente aislamiento diplomático (D’Alema, 2017; Hinnebusch, 2015).

A pesar de ello, los años dorados entre ambos países no duraron demasiado y bastó una primavera en la calle árabe para que la conflictividad, con la que se suele caracterizar a Medio Oriente, adquiriera nuevos tonos y volviera a florecer la enemistad entre Siria y Turquía. Tomando a los levantamientos populares árabes cuyo objetivo fue derrocar a los gobiernos autoritarios, mejor conocidos como Primavera Árabe, como punto de inflexión en la evolución de la política exterior turca, se pueden dividir las relaciones con Siria desde el inicio de la guerra civil en tres etapas. Seguidamente, en base a estos cambios se puede analizar la factibilidad y consecuencias de la ruptura del paradigma de “cero problemas con los vecinos”. La primera etapa surge a inicios del conflicto en 2011 cuando Turquía buscó presentarse en un rol mediador. La segunda podría caracterizarse como liberal humanitaria, entre 2011 y 2015, donde la prioridad fue apoyar las demandas de la oposición política y armada en Siria para lograr un cambio de régimen, junto con la provisión de ayuda a los millones de refugiados que escapaban del conflicto interno. Y finalmente, desde ese entonces a la actualidad, se puede decir que la política turca adquirió características pragmáticas y realistas enfatizando su seguridad (González Levaggi, 2020a).

### **Primera etapa (2011): De “cero problemas con los vecinos” a “cero vecinos sin problemas”**

A la hora de entender la relación con Siria, sobre todo luego de la ruptura provocada en el marco de las revoluciones árabes, además de las ideas que guían la política turca, que ayudan a comprender cómo se entiende a sí misma y qué busca proyectar en los demás, hay que considerar el contexto, que puede ser favorable o no. Este, en un principio, lo fue. D’Alema (2017) plantea que desde el 2002 Turquía experimentó tres fases en la evolución de su política exterior hacia Siria. La primera se caracterizó por la adopción de una política coherente de “cero problemas con los vecinos” que mejoró las relaciones; la segunda comenzó con el inicio de la guerra civil siria, cuando se dejó de lado la política de “cero problemas” y su foco consistió en perseguir un cambio de régimen, lo que provocó un aumento de las tensiones también con Rusia e Irán y el deterioro de su situación geopolítica; y una fase final, que comienza en 2016, determinada por un enfoque pragmático. Efectivamente, el ambicioso ideal de “cero problemas” parece haber colapsado.

Desde fines de 2002 gobierna el Partido de Justicia y Desarrollo (PJD), partido islámico moderado, con Erdoğan como primer ministro, y actualmente presidente de la República. Los lineamientos de política exterior fueron esbozados por el asesor, posterior ministro de Relaciones Exteriores y luego primer ministro, Ahmet Davutoğlu, en lo que llamó “profundidad estratégica”. Este sostiene que la política exterior fue desbalanceada con un excesivo énfasis en los vínculos con Occidente, ignorando así las relaciones con Estados que anteriormente formaron las antiguas provincias otomanas (Tasnipar, 2008). Según Davutoğlu, Turquía debía desarrollar una estrategia global y coherente hacia sus regiones vecinas, ya que lo considera como un “país central” (Ozkan y Turk, 2014). Es fundamental, en este aspecto, cómo Turquía se proyecta hacia la región y cómo es percibido por los demás, y para ello se apela tanto a la geografía como a la herencia otomana por razones históricas, culturales, religiosas y étnicas. En este marco propone seis principios para guiar la política exterior: equilibrio entre la seguridad y la libertad, cero problemas con los vecinos, una política exterior multidimensional y proactiva, junto con un nuevo estilo diplomá-

tico y una diplomacia rítmica. Lo central de su argumento es ver al vecindario no como una fuente de problemas y amenazas potenciales, sino como una arena de cooperación y asociación (Davutoğlu, 2013).

El creciente énfasis en el vecindario, específicamente Medio Oriente, se entiende en el contexto de la desilusión causada por los frustrados intentos de ingresar a la Unión Europea y por los cambios en las relaciones de poder existentes en la política doméstica. En este punto, Aras y Karakaya (2008) y Öniş (2012) indican que la pérdida de influencia de actores políticos clave en la política turca, como los militares y la burocracia kemalista, permitió que con el ascenso al gobierno del PJD se deje de lado la orientación occidental en la política exterior. A su vez, esto permitió la sumisión de los militares a las autoridades civiles, central para la democratización del país, más allá de las tensiones que podían suscitar las credenciales islámicas de Erdoğan contra la defensa del secularismo del Ejército, guardianes del kemalismo. El PJD, como partido islámico con un centro conservador religioso fuerte, estaba entonces mejor posicionado para lidiar con un mundo musulmán, en contraposición a sus predecesores, defensores del secularismo.

Por otro lado, también se puede observar un cambio en los medios empleados para llevar a cabo la política exterior. Entendiendo el nuevo activismo regional, que supera las relaciones de seguridad en Medio Oriente, Turquía buscó alcanzar sus objetivos por medio de la negociación diplomática, enfocándose en sus activos de *soft power* mediante la interdependencia y compromiso económicos, y la promoción de su rol como mediador. Esto representó un cambio notorio, pues durante la década de 1990 la política hacia la región estaba altamente securitizada y en su mayoría se empleaban medios militares. Al mismo tiempo, este nuevo enfoque es consistente con la orientación a convertirse en líder regional que guía el comportamiento político (Altunisik y Martin, 2013).

En línea con este nuevo paradigma, la política de “cero problemas” se construyó sobre la idea de que Turquía para mejorar sus relaciones con la región debe superar la creencia de que está constantemente rodeada de enemigos y salir así de su reflejo defensivo (D’Alema, 2017). Para autores como Yeşiltaş y Balçı (2013), el objetivo principal de ello fue crear un área de estabilidad alrededor

de Turquía y esta estrategia se basaba en seis pilares: igual seguridad para todos, integración económica, coexistencia pacífica de diferentes culturas, cooperación política, alto nivel de conciencia regional y entendimiento de la relación entre seguridad y estabilidad y desarrollo. Para ello, en esta nueva visión proactiva de política exterior, las consideraciones económicas y de seguridad eran las fuerzas motrices de la estrategia, las cuales permitieron mejorar y diversificar las relaciones con el vecindario. Ambas estaban interconectadas, pues unas fronteras más seguras permitieron expandir el comercio, la inversión, los flujos laborales, el turismo y otras formas de vinculación económica. Con la creciente ola de conservadurismo y un redescubrimiento del pasado otomano en la política turca, el mundo musulmán en general, y el mundo árabe en particular, pasaron a ocupar un lugar central en la política exterior turca, un proceso impulsado no solo por intereses económicos mutuos, sino también por una identidad común basada en la afinidad cultural (Öniş, 2012).

A pesar de los beneficios iniciales de esta estrategia, uno podría preguntarse si una política de “cero problemas con los vecinos” no sería idealista, sobre todo en una región caracterizada por la hostilidad e inestabilidad dentro de los Estados, en las relaciones entre ellos y entre otros actores no estatales que también participan en la arena política. En este aspecto, el contexto puede ayudar a comprender el panorama, y cómo la región pasó de ser una fuente de oportunidades a una de amenazas. Un acontecimiento imprevisto como la Primavera Árabe, junto con sus levantamientos prodemocráticos, inicialmente afectó esta estrategia que había priorizado la integración económica con el vecindario árabe, a pesar de los gobiernos autoritarios. El factor cohesivo hasta entonces había sido apelar a la civilización islámica compartida por los turcos y los árabes. Sin embargo, Erdoğan cambió su discurso presentándose ahora como el defensor de la democratización para reivindicar el *soft power* turco y su poder de mediación, a medida que en la región surgía una cadena de gobiernos de ideas afines en Libia, Egipto y Túnez. En Ankara esto fue interpretado como un camino llano para superar la cuestión de la “incompatibilidad” del islam y la democracia (Yorulmazlar y Turhan, 2015). Incluso, se incorporó a la narrativa doméstica el concepto de “responsabilidad de proteger”, por

el que se considera una obligación ayudar a fomentar un cambio democrático en la región (Joshi y Stein, 2013).

Desde el 2002 al 2011, el gobierno del PJD adoptó un enfoque “liberal” hacia el vecindario oriental, caracterizado por políticas de apertura de fronteras, reuniones ministeriales conjuntas y diálogo cultural y civil. Sin embargo, a pesar de este optimismo inicial en que parecía que se abría un período de amistad en el vecindario, la apuesta de Turquía por la hegemonía regional había encallado en las rocas sirias (D’Alema, 2013; Hinnebusch, 2015).

Como se mencionó, los levantamientos árabes fueron una coyuntura decisiva en la región, pues dejaron a Turquía en una encrucijada enfrentando un dilema entre sus intereses y la ética. Se habían establecido fuertes relaciones bilaterales con los países vecinos, las cuales trajeron beneficios económicos en ámbitos como la inversión, el comercio y el turismo, haciendo caso omiso al tipo de gobierno. Entonces, el tomar una posición prodemocrática y proveer apoyo activo a la resistencia popular contra los regímenes establecidos podría poner en peligro sus intereses económicos, pero al mismo tiempo continuar apoyándolos podría socavar las ambiciones de Turquía de adquirir un papel de liderazgo regional y disminuir sus credenciales de ser un modelo para otros países (Öniş, 2015). En términos geoestratégicos, Turquía se hallaba en una región sumida en guerras civiles extendidas, con una intensificación de la violencia e intervenciones militares por actores regionales e internacionales, y conflictos complejos y multifacéticos donde actores estatales y no estatales se comprometieron en una miríada de alianzas cambiantes (Altunışık, 2020). El estallido del conflicto entre los gobiernos árabes y sus poblaciones hizo que la política de “cero problemas” ya no fuera sostenible. En lugar de una situación de “cero problemas”, Turquía parecía estar enfrentando “cero vecinos sin problemas” (Taşpınar, 2012). Aunque esta situación no implicó una revisión total de la doctrina de la “profundidad estratégica”, algunos de sus principios tuvieron que reconsiderarse ante la nueva coyuntura regional. Entre ellos, se tuvo que dejar de lado la idea de “cero problemas”, pues ahora Turquía reivindicaría explícitamente su liderazgo en el proceso de democratización para expandir su modelo de democracia y modernización con el objetivo de un Medio Oriente más estable, seguro y pacífico (D’Alema, 2017).

En cuanto a su relación con Siria, las revoluciones árabes “obligaron a Turquía a considerar más seriamente la crisis en el contexto de su estrecha relación económica, las tensiones sunitas y alauitas, la democratización, el equilibrio regional y también con mayor urgencia la cuestión kurda” (Ozkan y Korkut, 2013). Por esta razón, el conflicto sirio tenía complejas implicancias para Turquía. Ambos comparten una frontera extensa; Siria es la principal ruta de comercio turca hacia el corazón de la tierra árabe, y los turcos suníes tienen varios vínculos de negocios en el camino. Pero, sobre todo, el posible nacimiento de un Estado kurdo amenaza el orden dominante de Turquía, siendo que en el norte de Siria el Partido de la Unión Democrática (PYD), el ala siria del PKK es la fuerza mejor organizada y establecida de las fuerzas kurdas (Tugal, 2012).

En este contexto, Turquía se encontró en la dicotomía de mantener las ganancias políticas y económicas obtenidas con la política de “cero problemas con los vecinos”, por un lado, y apoyar a un régimen abiertamente autoritario, por el otro, lo que afectaría el prestigio de la opinión pública árabe (D’Alema, 2017). Había varias razones para apoyar a al-Assad: la reducción de restricciones políticas e introducción de reformas económicas; que Siria sea el mayor socio comercial de Turquía, y su cooperación contra el PKK, ya que Siria tiene una proporción significativa de la población kurda. Por ello, si Damasco se desestabilizaba, inevitablemente impactaría en Ankara, lo que podría aumentar el reclutamiento del PKK, considerado como una organización terrorista secesionista, política y culturalmente reprimida, y si la violencia escalaba, un amplio flujo de refugiados golpearía la economía turca (Joshi y Stein, 2013; Ozkan y Korkut, 2013).

En un principio, se intentó contener la situación mediante el diálogo con una diplomacia de alto nivel en la que tanto Erdoğan como Davutoğlu y el jefe de Servicios de inteligencia conversaron con el gobierno sirio e incluso visitaron Damasco para presionar por reformas (Ozkan y Horkut, 2013). Pero la represión de al-Assad pesó más fuerte y decidieron sacrificar sus vínculos con el régimen a través de sanciones y el apoyo a la oposición política y armada, especialmente al Ejército Libre de Siria. Incluso fueron anfitriones de conferencias de la oposición siria, como la Conferencia Siria para el Cambio y el Congreso Nacional de Salvación, este último con-

siderado como gobierno *de facto* reconocido por el gobierno turco como representante legítimo del pueblo sirio (González Levaggi, 2017). El PJD ahora veía a las dictaduras represoras como la amenaza más seria a su ambición por tener un vecindario pacífico y a la democracia como solución (Hinnebusch, 2015). Con este objetivo, además de apoyar a la oposición siria, Turquía se acercó a países suníes de la región, como Arabia Saudita y Catar, y a los países occidentales más activos como Estados Unidos, Francia y el Reino Unido, pero en el proceso eso involucró, en apoyo al régimen sirio, a Irán y Rusia (D'Alema, 2017).

Los acontecimientos regionales y, específicamente, las relaciones cada vez más tensas entre Siria y Turquía, luego del desalineamiento causado por la Primavera Árabe, efectivamente muestran que el paradigma de “cero problemas con los vecinos” no pudo resistir una coyuntura regional que presionaba por un involucramiento más activo, aunque este haya sido a costa de ese anhelado vecindario pacífico. Otros principios propuestos por Davutoğlu fueron tenidos en cuenta para la reorientación política, como el de equilibrio entre la seguridad y la libertad. La guerra civil que se desató en Siria era peligrosa no solo por la cercanía geográfica o por el problema kurdo, sino también por las consecuencias negativas domésticas del influjo masivo de refugiados, la ruptura de circuitos económicos fronterizos y de seguridad y, a nivel regional, por el involucramiento de potencias regionales como Arabia Saudita y los estados del Golfo en apoyo a los suníes, por un lado, y el apoyo de la Federación Rusa e Irán a Siria, por el otro, que generaron tensiones entre los actores y una competencia estratégica (González Levaggi, 2017). En consecuencia, Turquía optó por priorizar su seguridad geopolítica y regional y la defensa de la democratización.

La escalada del conflicto y una intervención más activa de Turquía en este fueron consecuencia del derribo por parte de Siria de un avión turco de reconocimiento Phantom F-4. A partir de entonces la estrategia comienza a inclinarse en favor de una intervención directa y ya no simplemente el apoyo a la oposición (Joshi y Stein, 2013). Este cambio continuó empeorando las relaciones de Ankara con sus vecinos, pues el haber acudido a la OTAN para asistencia militar condujo a una amenaza de Irán de que el despliegue

de un sistema de misiles de la organización podría causar una nueva guerra mundial (D'Alema, 2017).

Ankara vio la Primavera Árabe como una oportunidad para expandir su influencia en la región, y no iba a dejar que la situación de Siria fuera un obstáculo, aunque ello le costara el ideal de tener cero problemas con sus vecinos. Por ello, impulsó una transición democrática en Damasco para mantener su preponderancia en la región y demostrar que los valores democráticos y el islam son compatibles. En este contexto, Erdoğan declaró: “Insha’Allah, pronto iremos a Damasco para abrazar a nuestros hermanos. Ese día está cerca, Insha’Allah leeremos el-Fatiha en la tumba de Salahuddin y rezaremos en la mezquita Emevi allí” (Aydıntaşbaş, 2020).

### **Segunda etapa (2012-2016): La ruptura definitiva**

La Primavera no duró para siempre y con ella se evaporaron las esperanzas de que una expansión en la participación y una gobernanza democrática en el mundo árabe significaran la llegada al poder de gobiernos que podrían establecer vínculos cercanos con Turquía, y así generar un cambio de balance de poder en la región. Sin embargo, la rápida sucesión de eventos llevó a una reimposición de gobiernos autoritarios o a guerras civiles, lo que desencadenó intervenciones externas e intensificó la competencia entre poderes regionales. Esto obligó a Turquía a revisar sus supuestos de política exterior. Los desarrollos posteriores a la Primavera Árabe demostraron las limitaciones de Turquía en su búsqueda por el liderazgo regional y su habilidad para influir eventos a su gusto, incluso presentaron nuevas amenazas a su seguridad nacional y aspiraciones regionales incluyendo inestabilidad en sus fronteras, ataques terroristas y flujos masivos de refugiados (Altunışik, 2020).

Como se mencionó anteriormente, la reacción inicial fue presionar al régimen de Assad para que lleve a cabo reformas políticas, esperando que los fuertes lazos entre Erdoğan y Assad permitan a Turquía desempeñar un papel constructivo en la apertura política de Siria, sin necesitar un cambio de régimen. Esta postura demostró ser inútil cuando Assad comenzó a librar una guerra brutal contra las

fuerzas de la oposición. El gobierno del PJD declaró abiertamente su oposición al régimen sirio y su apoyo a las fuerzas de oposición. Esto, a su vez, lo involucró en conflictos sectarios, pues la oposición es mayoritariamente suní, a diferencia del régimen chiita de Assad. Además, se consideró una iniciativa para diseñar una intervención humanitaria multilateral para poner fin a la guerra civil en Siria y para hospedar a un gran flujo de refugiados que huían de las atrocidades de las fuerzas del régimen sirio. Ahora la política hacia Siria comenzó a ser impulsada por consideraciones éticas y humanitarias, pero también por una política realista resumida en la declaración de Erdoğan: “Siria es un asunto interno de Turquía” (Öniş, 2015).

Turquía comenzó a identificar más amenazas en el vecindario y, consecuentemente, fue más propensa a utilizar medios militares para lidiar con ellas, convirtiéndose así en parte de la polarización regional, tanto en el plano material como en el de las ideas (Ibídem). En primer lugar, por la escalada del conflicto sirio en una guerra civil y su repercusión en choques fronterizos, y luego por el ascenso de grupos yihadistas en la región, particularmente el Estado Islámico (EI) entre el 2013 y el 2014 tomando control de territorios en el norte de Siria e Irak, lo que llevó a la comunidad internacional a priorizar la seguridad en la región en lugar de apoyar las transiciones democráticas emergentes. Sin embargo, Turquía adquirió una reputación negativa para los aliados occidentales y la opinión pública árabe no solo por fallar en dar una respuesta adecuada a esta crisis, sino también por haber apoyado a la rama siria de Al Qaeda (Jabhat al-Nusra), al pertenecer a parte de la diversa oposición contra al-Assad. Incluso fue acusada de proveer armas, entrenamiento y libertad de movimiento en las fronteras al EI (Dalay, 2016; D’Alema, 2017).

Un segundo factor contribuyó a una nueva óptica de política exterior, la cuestión kurda y el fortalecimiento de las milicias kurdas en Siria. Luego de recibir ayuda militar de Estados Unidos, milicias kurdas y no kurdas formaron las Fuerzas Sirias Democráticas (FDS), lo que les permitió contrarrestar la influencia del Estado Islámico y controlar la mayor parte del territorio del noroeste y este de Siria. A su vez, la rama kurda de las milicias sirias, Unidades de Protección Popular (YPG en kurdo), pudo crear en esa área el Territorio Autónomo Kurdo. Esto animó los sen-

timientos nacionalistas de esta minoría y repercutió en la política exterior turca donde “la prioridad de Ankara pasó de apoyar el cambio de régimen en Damasco a prevenir el surgimiento de un área kurda autónoma en Siria” (Aydıntaşbaş, 2020).

Un tercer factor que afecta la seguridad de Turquía es el influjo de refugiados desde Siria, lo que no solo desafió sus capacidades financieras, sino que creó una difícil situación social en las regiones del sudeste, con hechos esporádicos de violencia. En último lugar, el directo involucramiento de Rusia exacerbó las tensiones con Moscú, imponiendo sanciones a Ankara (D’Alema, 2017).

En consecuencia, Turquía tuvo que adaptarse modificando sus prioridades de seguridad nacional ante la amenaza a su integridad territorial. Efectivamente, el ideal de “cero problemas con los vecinos” quedó en el olvido. Precisamente por ello adoptó una política de compromiso selectivo en la región y una suerte de doctrina preventiva (Dalay, 2016). La prioridad pasó a ser entonces evitar el “derrame” de la guerra civil sobre su territorio, para lo cual balanceó sus compromisos estratégicos con Occidente y su activismo en Medio Oriente, logrado a través de la defensa provista por la OTAN en la frontera sur con el Sistema de Defensa Patriot (González Levaggi, 2017). En este contexto, desde 2016 hasta la fecha las fuerzas armadas turcas llevaron adelante cinco operaciones militares, la última en 2020 para proteger en Idlib los puestos de observación turcos de una ofensiva militar siria y para crear una zona segura para las personas desplazadas (Aydıntaşbaş, 2020).

Por otro lado, no pueden desconocerse hechos de política doméstica turca que repercutieron en la política exterior. Entre ellos estuvieron las crecientes tensiones entre el presidente y el primer ministro Davutoğlu por el éxito del acuerdo firmado por este último sobre la crisis de refugiados negociado con la Unión Europea, que llevó a la renuncia de este, dejando al presidente de la República como actor principal en la política, y el intento de golpe de Estado en 2016 por una facción de las fuerzas armadas, aprovechado por Erdoğan para llevar a cabo una reforma constitucional para transformar a Turquía en una república presidencial. Domésticamente, la política hacia Medio Oriente buscada por el gobierno del PJD ahora se orientaría hacia la seguridad ante el colapso del proceso de paz kurdo (2014-2015); la renuncia de Davutoğlu, principal arquitect-

to del abordaje de “cero problemas con los vecinos”, hizo perder el ímpetu idealista; el creciente poder de Erdoğan alimentó posturas antikurdas, y, por último, las reacciones internacionales luego del golpe fallido afectaron las relaciones turcas con otros Estados, especialmente con aquellos de Occidente. Desde entonces, Erdoğan se ha vuelto más autoritario, usando una retórica anti-Occidente y tomando decisiones en materia de política exterior contrarias a los intereses de la alianza transatlántica. Asimismo, factores externos se sumaron a los desarrollos internos para traer cambios en la política exterior, como fueron el fortalecimiento del PYD en el norte de Siria y el incremento de los ataques del EI en el territorio turco. Considerando un escenario geopolítico más amplio, el involucramiento directo de Rusia, la reticencia de la administración Obama de involucrar más tropas norteamericanas en Medio Oriente y las divisiones dentro de los países árabes suníes resultaron en un revés del balance de poder a favor del frente pro-Assad, que también incluye a Irán (D’Alema, 2017; Parlamento Europeo, 2019).

### **Tercera etapa (2016-actualidad): El punto de quiebre y una nueva política exterior**

En este contexto, Turquía se encontró aislada y Erdoğan intentó orientar la postura del país hacia una posición más pragmática dejando de utilizar la retórica que respalda el cambio del régimen de Assad. En consecuencia, se revisaron las prioridades estratégicas, ya que el EI y el avance kurdo representaban una amenaza más seria, pues los ataques terroristas en territorio turco y el fortalecimiento del PYD en el norte de Siria representaban un riesgo inminente a la integridad territorial. Una actitud menos pasiva contra el primero contrarrestaría la influencia del segundo. Para salir del aislamiento, intentó mejorar las relaciones con actores clave, disminuyendo las tensiones con Irán y Rusia. Mientras que las relaciones con estos países comenzaron a normalizarse, lo que permitió lidiar con el EI y el PYD al mismo tiempo, aquellas con Europa se deterioraron (D’Alema, 2017).

La nueva política exterior hacia Medio Oriente se caracterizó por un incremento en las percepciones de amenaza y securitización de

asuntos elevados a la categoría de amenazas a la seguridad nacional, el involucramiento en la polarización geopolítica de la región y la participación en la competencia de suma cero con otras potencias regionales; el incremento del uso de poder militar y una política más arriesgada; y la preferencia por acciones unilaterales, desconfiando de alianzas tradicionales y buscando autonomía en su política. Estos son los nuevos medios para proteger sus intereses en Medio Oriente, redefinir su rol frente a sus aliados y adversarios mientras mantiene domésticamente la seguridad del régimen y las alianzas. Esta nueva doctrina es producto de cambios tanto en el vecindario geoestratégico de Turquía como a nivel doméstico. Aunque también muestra el entendimiento del nuevo ambiente por parte de la elite política del PJD reflejado en sus inclinaciones ideológicas (Altunışik, 2020). Asimismo, la implementación de un nuevo paradigma aumentaría la autonomía e independencia del país. En palabras de Erdoğan durante una cumbre de la OTAN: “Turquía es independiente en su política exterior y no busca permiso de otros para lanzar operaciones para su propia seguridad” (Daily Sabah, 5/12/2019).

Si bien el nuevo paradigma no avala el régimen de Assad, el punto de quiebre consiste en abandonar una postura intransigente contra el cambio de gobierno. Ahora el objetivo consiste en mantener la integridad territorial de Siria creando áreas de control a lo largo de la frontera compartida como una *buffer zone* (zona de amortiguamiento) frente a grupos como las Unidades Populares de Protección Kurdas (YPG) basada en la percepción de que se convirtieron en amenazas existenciales a la seguridad nacional turca (Yüksel y van Veen, 2019).

Los problemas comenzaron por la declaración del establecimiento de un “sistema democrático federal” llamado Rojava por el grupo kurdo en Siria, el Partido de la Unión Democrática (PYD), y sus aliados en el norte en marzo de 2016. Esto alertó a Turquía para prevenir el ascenso de un Kurdistán autónomo bajo la égida del PYD, que podría contribuir a las actividades del PKK en Turquía. Lo que complica aún más las cosas es que el grupo armado del PYD, las YPG, se convirtieron en el principal aliado de Estados Unidos y la Unión Europea en la guerra contra el Estado Islámico en Siria e Irak, lo que le permitió al PYD/YPG expandir su control en el norte de Siria, declarando a los territorios “administra-

ciones autónomas”. En consecuencia, para frustrar los objetivos kurdos, Ankara estuvo dispuesta a cooperar con Irán e incluso con Damasco. El gobierno de Erdoğan, al percibir estos desarrollos como una amenaza directa a la seguridad nacional, convirtió en primera prioridad de su política siria frustrar las aspiraciones del PYD en el norte. Junto con el referéndum de independencia en Irak por el Gobierno Regional del Kurdistán en 2017, se resecuritizó domésticamente el asunto kurdo. Desde entonces, la política de Turquía para con su vecindario inmediato estuvo conducida principalmente por la problemática kurda (Altunışik, 2020; D’Alema, 2017).

Si bien en un principio Turquía se inclinó por adquirir un rol hegemónico en la región luego de los levantamientos árabes, lo que llevó a una intensa competencia por poder e influencia y que aumentó la polarización regional, esto condujo a un deterioro de las relaciones con el eje liderado por Arabia Saudita que incluye a los Emiratos Árabes Unidos y Egipto. Pero, mientras que la competencia con este eje se extendió a toda la región, su conflicto con el otro líder regional, Irán, se limitó a Siria e Irak hasta cierto punto. Aunque Ankara y Teherán divergían en su apoyo a la oposición o al régimen, eso se tradujo en una fractura de sus lazos. Sin embargo, en el período post 2016, Irán reprochó las operaciones militares en Siria, mientras que Turquía fue perturbada por el activismo creciente de Irán y sus milicias en apoyo al régimen en áreas cercanas a Turquía. Más allá de las disidencias, ambas partes participaron en los procesos de paz (Altunışik, 2020).

### **¿Una historia sin fin? Idlib, el último bastión rebelde en Siria**

Habiéndose cumplido diez años del inicio del conflicto muchas cosas cambiaron y, si bien parece haber más incertidumbres que certezas, una cosa parece segura: la guerra civil siria no muestra horizontes certeros sobre un posible fin. Algunas explicaciones podrían ser tanto el incumplimiento de los procesos de paz como la superposición de intereses de los diferentes actores involucrados en el conflicto y sus negativas a ceder. Por otra parte, la propia evolución del control territorial en Siria sigue fomentando las dudas de su desenlace.

El conflicto generó un nuevo reordenamiento en la región que permitió el aprovechamiento del territorio sirio, provocado por el vacío generado en el manejo del mismo y la falta de control total por parte del gobierno de Assad, por parte de actores externos mediante instalaciones estratégicas y conquistas territoriales, convirtiéndose así en un campo de batalla para todo tipo de operaciones (González Levaggi, 2019). Si bien el escenario fue mutando con el tiempo, los grupos rebeldes tienen el control de varias ciudades del norte y noroeste de Siria, incluyendo Idlib.

Esta provincia es un área clave para el conflicto, ya que junto con partes de Hama, Latakia y Alepo es el último bastión de grupos rebeldes y yihadistas, cuya fuerza dominante es Hayat Tahrir al-Sham (HTS), anteriormente conocido como el afiliado de Al Qaeda Jabhat al-Nusra, que tratan de derrocar al presidente Assad desde 2011. Este grupo asumió el control total de la provincia luego de derrotar al Frente de Liberación Nacional (FLN), apoyado por Turquía, y de la formación del Gobierno de Salvación de Siria a principios de 2019. Luego de la toma de control de los grupos islámicos, las actividades turcas en Idlib se limitaron a proveer seguridad a lo largo de la zona desmilitarizada, que resultó de las provisiones del Acuerdo de Sochi, y proporcionar asistencia humanitaria a los campos de refugiados. En términos generales, se desarrolló una estrategia de contención, a diferencia del objetivo de reconstrucción luego de las operaciones militares, donde la presencia de Turquía en esta provincia busca impedir una ofensiva contra HTS que puede desencadenar un importante flujo de refugiados hacia el país (Yüksel y van Veen, 2019). Por esta razón, los presidentes de Turquía y Rusia acordaron establecer una zona desmilitarizada de 15 a 20 kilómetros alrededor de la provincia de Idlib que sería patrullada por tropas turcas y rusas, y así contrarrestar la influencia de grupos terroristas y rebeldes (DW, 17/9/2018).

Para Turquía, la importancia de Idlib reside en dos cuestiones: sus aspiraciones de convertirse en potencia regional y, recientemente, debido a sus percepciones de amenaza frente a Siria y los kurdos sirios, el gobierno del PJD quiere tener voz sobre el futuro de Siria cuando llegue el momento de una solución política. Siendo gran parte del territorio recapturado por Damasco, Idlib se había conver-

tido en el último refugio seguro para las fuerzas de oposición contra el régimen de Assad y sus aliados, y el gobierno del PJD quería que se mantenga así hasta alcanzar una solución política a la crisis siria. La otra razón de la importancia de esta provincia reside en que Ankara quiere prevenir otra ola de refugiados que cruce la frontera si continúan los ataques del régimen sirio. Esta situación pondría al gobierno en una posición difícil debido a la presión interna para limitar las nuevas llegadas y garantizar el regreso de parte de los refugiados presentes en Turquía. Los objetivos de Turquía sobre el desarrollo del futuro del conflicto entraron en tensión con sus socios de Astana, Rusia e Irán, principales aliados del régimen de Assad, y su comprensión de los acuerdos de Sochi. Si bien Turquía percibió el acuerdo como una continuidad del *statu quo* hasta que se alcance una solución pacífica a la crisis siria, Rusia lo vio como una solución provisional hasta que el régimen de Assad consolide su control de la provincia (Altunışik, 2020).

Si bien la oposición alguna vez controló gran parte del país, el ejército sirio retomó la mayor parte del territorio en los últimos cinco años con ayuda del poder aéreo ruso y milicias apoyadas por Irán. El ejército busca “liberar a Idlib”, que había sido sujeta a un acuerdo de “desescalada” con Turquía, Rusia e Irán desde mayo de 2017 pidiendo el cese de hostilidades en cuatro bastiones de la oposición, la “separación” de los yihadistas y los rebeldes y la entrada de ayuda humanitaria sin trabas. Entonces, luego del restablecimiento del control de gran parte de Siria, el régimen de Assad con ayuda de sus aliados rusos e iraníes comenzó a avanzar al noroeste en la segunda mitad del 2019. A pesar de la presencia de puestos de observación turcos y rusos, el gobierno sirio retomó gran parte del área, sobre todo al sur, en particular la provincia de Homs y Ghouta, cerca de Damasco. La recuperación implicó el desplazamiento y asesinato de civiles junto con la destrucción de áreas residenciales. Más allá de los acuerdos para una desescalada y desmilitarización, estos nunca se completaron en su totalidad, sobre todo por la presencia de grupos terroristas islámicos reticentes a cumplirlos (Altunışik, 2020; BBC, 18/2/2020).

Por otro lado, las milicias kurdas, aprovechando las confrontaciones entre el ejército sirio y los rebeldes, obtuvieron en 2014 el control de varios territorios al norte declarando la creación de

“administraciones autónomas” en Afrin, Kobane y Jazira, y además aprovecharon la ayuda ofrecida por Estados Unidos para combatir al Estado Islámico (BBC News Mundo, 13/10/2019). Esto representó una amenaza para Turquía, quien prefiere que Siria mantenga su sistema unitario sin ceder autonomía a los kurdos, temiendo la repercusión que podría tener en su país esta situación que alienta el separatismo.

El conflicto entró en una nueva etapa en octubre de 2019 con la retirada de mil tropas estadounidenses, por orden de Donald Trump, que apoyaban a combatientes kurdos y turcos en la frontera entre Siria y Turquía (Laub, 2020). Esto permitió que Erdoğan lance la “Operación Manantial de la Paz” con ofensivas militares a través de su frontera en el noroeste, acción criticada por sus aliados de la OTAN, ya que las FSD eran un aliado de la coalición norteamericana para combatir al EI y habían jugado un importante rol en derrotar al grupo en Siria. El objetivo era desplazar a los combatientes kurdos, considerados terroristas. Estos, ya sin opciones, debieron recurrir al apoyo del gobierno sirio, lo que les permitió a las fuerzas del gobierno y de sus aliados rusos alcanzar áreas kurdas controladas que Turquía no pudo alcanzar, recuperando así gran parte del territorio (Uras, 2019).

El cese al fuego de esta operación se dio en el marco de una negociación para facilitar la retirada kurda de la zona con el entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Mike Pence, quien prometía no imponer más sanciones y retirar las existentes una vez que se complete la operación militar. Un segundo acuerdo de cese al fuego se alcanzó con Rusia para dar a los kurdos tiempo adicional para completa su retirada, luego de lo cual Ankara y Moscú realizarían patrullas conjuntas en la zona para evitar enfrentamientos con las fuerzas del gobierno sirio que se trasladarían allí. Además, el acuerdo prevé que las FDS se retiren de ciudades clave, ahora controladas por Siria, cerca de la frontera, como Manbij y Kobane (Uras, 2019).

Los intereses turcos están relacionados con la frontera compartida con Siria, donde los kurdos quieren tener su región independiente en Rojava. En consecuencia, para impedir que logren su cometido e ingresen a su territorio, Turquía propone con el fin de obtener seguridad fronteriza la creación de una *buffer zone*, es decir, una

“zona segura”, como un cinturón de seguridad en la franja fronteriza del lado sirio para limitar una posible conexión entre los territorios controlados por las milicias del Partido de Unión Democrática (PYD) y la región turca de mayoría kurda donde el PKK se encuentra activo y, a su vez, para expulsar al Estado Islámico y albergar futuros refugiados.

Las tensiones entre Siria y Turquía alcanzaron un punto cúlmine en febrero de 2020. El Gobierno sirio, entusiasmado por las sucesivas victorias en zonas de desescalada intentando recuperar Idlib de los yihadistas y los rebeldes, comenzó a acercarse a los puestos de observación turcos, establecidos bajo el acuerdo con Rusia en 2018, en un avance apoyado por Rusia mediante la fuerza aérea y soporte de milicias de Hezbollah, y a tener enfrentamientos con milicias apoyadas por Turquía como el Ejército Nacional Sirio. La diplomacia no pudo frenar el inevitable enfrentamiento directo producido luego de combates rutinarios entre tropas sirias y turcas, y la amenaza del presidente Erdoğan de una operación militar en Idlib si Damasco no abandonaba las posiciones militares turcas (González Levaggi, 2020b). En este contexto, el 27 de febrero de 2020, el recrudecimiento de los ataques del Gobierno sirio provocó la muerte de una treintena de soldados turcos. En respuesta, Turquía lanzó una incursión militar en Idlib, *Operation Spring Shield*. Esta ofensiva finalizó con un acuerdo del cese al fuego firmado entre Turquía y Rusia en un conjunto de acuerdos llamados “protocolos adicionales” al acuerdo de Sochi. Un elemento central estos es la redefinición de las líneas de batalla teniendo en cuenta la nueva situación y la creación de una zona de amortiguamiento de 6 kilómetros a ambos lados de la disputada autopista de M4, que lleva a Turquía y permite que los rebeldes consigan suministros, y que sería patrullada conjuntamente por fuerzas turcas y rusas (Altunışik, 2020; Cordero, 2020).

La crisis de refugiados y el desastre humanitario en el noroeste de Siria obligó a Turquía y Rusia a acordar el cese de hostilidades entre las Fuerzas Armadas Turcas y el Ejército Árabe Sirio, delimitando un pasillo de seguridad para patrullaje y la intención de facilitar el retorno de desplazados. Sin embargo, Turquía se reservó el derecho a tomar represalias contra cualquier ataque del régimen (Hurtado, 2020).

La ofensiva en Idlib produjo el desplazamiento forzado de aproximadamente 900.000 personas. Asimismo, la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, denunció ataques a campamentos de civiles calificando a la situación como crisis humanitaria (Al Jazeera, 18/2/2020). Desde el inicio del conflicto se registraron 384.000 muertes según el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos, siendo de ese total 116.000 civiles. De acuerdo con datos que provee la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) en su informe sobre Tendencias Globales de Desplazamiento Forzado de 2019, la población siria sigue siendo la mayor población desplazada por la fuerza en todo el mundo (13,2 millones, incluidos 6,6 millones de refugiados y más de 6 millones de desplazados internos). La importancia de Turquía no es menor, pues fue el país que acogió el mayor número de personas desplazadas a través de las fronteras, la mayoría de las cuales eran refugiados sirios (92 %), seguido por el Líbano, Jordania, Irak y Egipto.

Actualmente, a pesar de las iniciativas para pacificar el conflicto, este no parece cesar. El extremismo islámico, la intervención de Rusia, el avance sirio a los puestos de observación turcos, los intereses de Ankara y el envío de tropas a la ciudad de Idlib funcionaron como una bomba de tiempo que detonó en un enfrentamiento directo con un ataque aéreo sirio que ocasionó la muerte de 33 soldados turcos en febrero de 2020 (Marcus, 2020). Nuevos ataques aéreos rusos en octubre que tuvieron como objetivo al centro de entrenamiento de las fuerzas del Ejército Nacional Sirio, siendo el más mortífero en Idlib desde la tregua negociada, provocaron la intervención de Erdoğan, quien afirmó que aquello no era una señal de paz duradera en la región y que no dudará en intervenir para eliminar a los terroristas (Al Jazeera, 28/10/2020). La tregua entre Turquía y Rusia, negociada en marzo, parece pender de un hilo, y esa paz duradera a la que siempre se aspira llegar todavía parece lejana. Mientras tanto, la relación con Siria seguirá cargada de tensiones, tal vez a la espera de que otra Primavera la pueda recomponer, y la coyuntura excepcional que le permitió a Turquía mantener cero problemas con sus vecinos parece estar más lejos que nunca.

## Conclusión

Para concluir, Turquía no solo fue incapaz de rehacer el Medio Oriente a su imagen, sino que en el intento quedó atrapada en medio de antagonismos que desencadenaron en amenazas sectarias, extremistas y etnonacionalistas que socavaron los fundamentos del orden regional. La política de “cero problemas con los vecinos” fue sobrepasada por un contexto que, en un principio, podría haberle sido favorable, pero la rapidez de una sucesión de hechos le impidió su concreción. La complejidad que adquirió la Primavera Árabe en Siria que derivó en una guerra civil parece expresar la conflictividad misma de la región, con tensiones fronterizas, extremismo religioso, clivaje históricos-identitarios, involucramiento de actores no estatales y de potencias extrarregionales.

Estas complicaciones propias de la región, aplicadas al caso particular de Siria, le dificultan a Turquía implementar una política exterior abstracta. En consecuencia, al tener que tomar partido por el desenvolvimiento del levantamiento contra el régimen de Assad en una guerra civil, Turquía se vio ante el dilema de mantener el ideal ya insostenible de un vecindario pacífico, sacrificando con ello su rol como modelo regional capaz de conciliar la democracia con el islam, o apoyar a la oposición siria a costa de la ruptura de unas relaciones reconstruidas con Siria que, en su momento, demostraron ser el éxito de la política de “cero problemas con los vecinos”.

El involucramiento de Turquía en la guerra civil de Siria y su nueva orientación en política exterior fueron consecuencia del incremento en sus percepciones de amenaza, especialmente por el temor al surgimiento de un Kurdistán autónomo que atente con desintegrar el territorio turco de la Anatolia y por el masivo flujo de refugiados que debió hospedar. En el proceso, su excesivo compromiso contribuyó a una mayor inestabilidad socavando así sus intereses y su imagen internacional como mediadora benigna. A su vez, este activismo sin moderación le costó crecientes riesgos de seguridad en su frontera sur. Finalmente, Turquía debe poder conciliar la tensión entre el deseo de jugar un ambicioso rol en la región y el enfoque pragmático más cauto, reconociendo sus limitaciones e intentando superar sus déficits democráticos de querer actuar como

modelo regional, especialmente frente a potencias de la zona rivales no democráticas como Arabia Saudita e Irán.

Los eventos que sucedieron a la Primavera Árabe demostraron no solo los límites de Turquía para ocupar un papel de liderazgo regional, sino también su capacidad de adaptación y pragmatismo en términos de política exterior ante la volatilidad de las circunstancias externas. Sin embargo, este mismo pragmatismo terminó con un ideal tan potente como el de alcanzar un vecindario pacífico y sin problemas. A pesar de parecer inalcanzable, en determinadas circunstancias excepcionales, Turquía tuvo la oportunidad de implementarlo y obtener beneficios. Aunque la coyuntura terminó presentando más amenazas que oportunidades, no debería abandonarse el ideal de alcanzar “cero problemas con los vecinos”. Aunque pueda parecer utópico e imposible, debería ser una guía para la orientación de las iniciativas de política exterior. Si bien muchas veces los intereses nacionales entrarán en contradicción con ello, ya que el conflicto es inherente a lo político, el anhelo por desenvolverse en una región pacífica debe ser una convicción permanente, pues, si bien el conflicto nunca dejará de existir, es posible limitarlo. Retomando el lema de Atatürk, el norte debe ser “paz en casa, paz en el mundo”.

En la actualidad, el fin del conflicto parece estar lejos, y Ankara se encuentra en una encrucijada para poder conjugar su postura con Occidente y con Medio Oriente, sin dejar de lado su idea de recuperar el liderazgo regional que alguna vez supo tener. En cuanto al desenlace en las relaciones con Siria, así como del amor al odio hubo una primavera, nada parece indicar que tal vez no pueda suceder lo mismo de manera inversa.

## **Bibliografía**

- AL JAZEERA (2020). “Erdoğan warns of military action in Syria, decries Russian strike”. *Al Jazeera*, 28 de octubre. Disponible en: <https://www.aljazeera.com/news/2020/10/28/Erdoğan-warns-of-military-action-in-syria-decries-russian-strike> [Consultado: 5/11/2020]
- ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS (2020). “Tendencias Globales: desplazamiento forzado en 2019”. Disponible en: <https://www.acnur.org/stats/>

- globaltrends/5eeaf5664/tendencias-globales-de-desplazamiento-forzado-en-2019.html [Consultado: 5/11/2020]
- ALTUNIŞIK, M. (2020). “The New Turn in Turkey’s Foreign Policy in the Middle East: Regional and Domestic Insecurities”. *Istituto Affari Internazionali*, 20 (17).
- ALTUNIŞIK, M. y MARTIN, L. G. (2013). “Making Sense of Turkish Foreign Policy in the Middle East under AKP”. *Turkish Studies*, 12 (4), pp. 569-587.
- ARAS, B. y KARAKAYA, R. (2008). “From Conflict to Cooperation: Desecuritization of Turkey’s Relations with Syria and Iran”. *Security Dialogue*, 39 (5), pp. 495-515.
- AYDINTAŞBAŞ, A. (2020). “A New Gaza: Turkey’s Border Policy in Northern Syria”. *European Council on Foreign Relations*. Disponible en: [https://www.ecfr.eu/publications/summary/a\\_new\\_gaza\\_turkeys\\_border\\_policy\\_in\\_northern\\_syria](https://www.ecfr.eu/publications/summary/a_new_gaza_turkeys_border_policy_in_northern_syria) [Consultado: 8/6/2020]
- BUZAN, B. y WÆVER, O. (2003). “The Middle East: a perennial conflict formation”. *Regions and Powers: The Structure of International Security*. New York: Cambridge University Press, pp. 187-218.
- BBC NEWS (2020). “Syria war: Why does the battle for Idlib matter?”. *BBC News*, 18 de febrero. Disponible en: <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-45403334> [Consultado: 5/10/2020]
- CODERO, Á. (2020). “Siria: Decenas de soldados turcos muertos en Idlib en enfrentamientos con tropas de al-Assad”. *France 24*, 27 de febrero. Disponible en: <https://www.france24.com/es/20200227-siria-decenas-de-soldados-turcos-son-asesinados-en-idlib-en-enfrentamientos-con-al-assad> [Consultado: 5/10/2020]
- DALAY, G. (2016). “Turkey’s Post-Arab Spring Foreign Policy”. *Foreign Affairs*. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/2016-11-24/turkeys-post-arab-spring-foreign-policy> [Consultado: 9/6/2020]
- D’ALEMA, F. (2017). “The Evolution of Turkey’s Syria Policy”. *Istituto Affari Internazionali*. Disponible en: [www.jstor.org/stable/resrep17524](http://www.jstor.org/stable/resrep17524) [Consultado: 3/6/2020]
- DAVUTOĞLU, A. (2010). “Turkey’s Zero-Problems Foreign Policy”. *Foreign Policy*. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2010/05/20/turkeys-zero-problems-foreign-policy/> [Consultado: 5/6/2020]
- DEUTSCHE WELLE (2018). “Russia, Turkey agree to create demilitarized zone around Syria’s Idlib”. *DW*, 17 de septiembre. Disponible en: <https://www.dw.com/en/russia-turkey-agree-to-create-demilitarized-zone-around-syrias-idlib/a-45530727> [Consultado: 10/3/2021]

- DAILY SABAH (2019). “Turkey is Independent in Its Foreign Policy, President Erdoğan says”. *Daily Sabah*, 5 de diciembre. Disponible en: <https://www.dailysabah.com/diplomacy/2019/12/05/turkey-is-independent-in-its-foreign-policy-president-Erdoğan-says> [Consultado: 10/3/2021]
- EUROPEAN PARLIAMENT (2019). “Turkey’s military operation in Syria and its impact on relations with the EU”. Disponible en: <https://www.europarl.europa.eu/EPRS/EPRS-Briefing-642284-Turkeys-military-operation-Syria-FINAL.pdf> [Consultado: 20/3/2021]
- GONZÁLEZ LEVAGGI, A. (2017). “Con el pueblo sirio pero sin al-Asad: política exterior de Turquía hacia Siria (2011-2015)”. En: Conde, G. *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- GONZÁLEZ LEVAGGI, A. (2019). “Eurasia en ascenso: cambios y continuidades en los órdenes regionales de Asia Central, el Cáucaso y Medio Oriente” [en línea]. *Pensamiento Propio*, pp. 49-50. Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/10789> [Consultado: 7/10/2020]
- GONZÁLEZ LEVAGGI, A. (2020a). “Política exterior de Turquía en la guerra civil Siria: la crisis de Idlib” [disponible en línea desde marzo 2020]. Serie de Artículos y Testimonios, n° 155. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Disponible en: <http://www.cari.org.ar/pdf/at155.pdf> [Consultado: 3/6/2020]
- GONZÁLEZ LEVAGGI, A. (2020b). “La Guerra de Idlib”. *Perfil*, 8 de marzo. Disponible en: <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/la-guerra-de-idlib.phtml> [Consultado: 5/11/2020]
- HINNEBUSCH, R. (2015). *Structure over Agency: The Arab Uprising and the Regional Struggle for Power*; Ashgate, Editors: S. Litzas; A. Tziampiris, pp. 119-132.
- HURTADO, L. M. (2020). “Turquía y Rusia acuerdan un alto al fuego para Idlib”. *El Mundo*, 5 de marzo. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2020/03/05/5e614f8021efa066508b4664.html> [Consultado: 5/11/2020]
- JOSHI, S. y STEIN, A. (2013). “Not Quite ‘Zero Problems’”. *The Russia Journal*, 158 (1), pp. 28-38.
- KALIN, I. (2011). “Turkey and the Arab Spring”. *Al Jazeera Opinion*. Disponible en: <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/05/201152592939180898.html> [Consultado: 3/6/2020]
- LAUB, Z. (2020). “Syria’s Civil War: The Descent Into Horror”. *Council on Foreign Relations*, 19 de febrero. Disponible en: <https://www.cfr.org/article/syrias-civil-war> [Consultado: 25/9/2020]

- MARCUS, J. (2020). “Guerra en Siria: cómo los brutales enfrentamientos en Idlib pueden desembocar en una guerra con Turquía”. *BBC News*, 29 de febrero. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51672280> [Consultado: 5/6/2020]
- MURINSON, A. (2006). “The Strategic Depth Doctrine of Turkish Foreign Policy”. *Middle Eastern Studies*, 42 (6), pp. 945-964.
- ÖNIŞ, Z. (2014). “Turkey and the Arab Revolutions: Boundaries of Regional Power Influence in a Turbulent Middle East”. *Mediterranean Politics*, 19 (2), pp. 203-219.
- OZKAN, M. y HASAN, T. (2014). “Turquía: ¿Un aumento de poder en el siglo XXI?”. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, XX (3), pp. 494-506. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=280/28032296007> [Consultado: 5/6/2020]
- OZKAN, M. y KORKUT, H. (2013). “Turkish Foreign Policy towards the Arab Revolutions”. *Epiphany, journal of transdisciplinary studies*, 6 (1), pp. 162-181.
- TAŞPINAR, Ö. (2012). “Turkey’s Strategic Vision and Syria”. *The Washington Quarterly*, 35 (3), pp. 127-140.
- TAŞPINAR, Ö. (2008). “Turkey’s Middle East Policies: Between Neo-Ottomanism and Kemalism”. *Carnegie Papers*, Carnegie Endowment for International Peace, núm. 10.
- TUGAL, C. (2012). “Democratic Janissaries?: Turkey’s Role in the Arab Spring”. *New Left Review*, 76. Disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii76/articles/cihan-tugal-democratic-janissaries> [Consultado: 20/3/2021]
- URAS, U. (2019). “Turkey’s Operation Peace Spring in northern Syria: One month on”. *Al Jazeera*, 8 de noviembre. Disponible en: <https://www.aljazeera.com/news/2019/11/8/turkeys-operation-peace-spring-in-northern-syria-one-month-on> [Consultado: 10/11/2020]
- YEŞILTAŞ, M. y BALCI, A. (2013). “A Dictionary of Turkish Foreign Policy in the AK Party Era: A Conceptual Map”. *SAM Papers*, 47 (2).
- YORULMAZLAR, E. y TURHAN, E. (2015). “Turkish Foreign Policy towards the Arab Spring: Between Western Orientation and Regional Disorder”. *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 17.3, pp. 337-352.
- YÜKSEL, E. y VAN VEEN, E. (2019). “Turkey in northwestern Syria: Rebuilding empire at the margins”. *Clingendael Institute*.